

Dos y tres

Alan DiVoga



Capítulo 1

DOS Y TRES.

Alan DiVoga

Me pareció alarmante el hecho de que mi vecina no volviera el día anterior. Siempre lo hacía, aún más si era fin de semana. Primero pensé que quizá hubiera muerto; pero descarté la idea, ¿Quién mataría a una mujer tan hermosa?

Había intentado numerosas veces en el pasado tener contacto con ella. Cuando llegaba del mercado, me imaginaba ayudándole a cargar las compras dentro de su apartamento. Después me invitaba una copa, y ésta primera daba paso a otras más, y cuando terminaba mi fantasía, por lo general con ambos juntos en su cama, mi vecina ya había terminado de meter sus compras.

Otras veces, cuando pasaba frente a mi ventana mientras se ejercitaba, fantaseaba en alcanzarla con mis ropas de deporte, saludándole y entablando una nueva amistad.

Pero al final, ninguna de esas fantasías terminaban sucediendo. ¿Por qué? ¿Por qué me limitaba mi miedo? ¿Debía ser más valiente?

Visitaba con frecuencia el centro comercial donde ella trabajaba de barista. Yo no entraba a la tienda, por supuesto, pero veía desde fuera como atendía a los clientes. No siempre era la mejor, he de admitir. Dependía del día, dependía la hora. Cuando se acercaba la hora de comer, se le notaba desgastada, y la sonrisa que presentaba a los clientes parecía más bien apagada. Otras veces, sobre todo por las mañanas, se le notaba animada. No sé si disfrutara ella de su trabajo pero, si no era el caso, no daba señal de ello.

El primer lunes de cada mes, ella recibía a sus amigas en su casa por las noches. Esas reuniones eran siempre de lo más curioso. Desde mi casa, alcanzaba a ver como se sentaban en la sala a platicar, mientras unas tomaban café y otras, un poco más despreocupadas, bebían cerveza. Por supuesto, ella siempre tomaba café, pues al día siguiente debía trabajar.

Sin siquiera yo pedirlo, mi vecina era protagonista de mis fantasías oníricas al descansar, de las más imaginativas aventuras que uno pudiera imaginar. En la mayoría de ellas terminábamos juntos; en algunas, superábamos algún obstáculo, mientras que en otras, simplemente estaba ahí.

Los peores días era cuando llegaba con su novio. Ese imbécil que, a la distancia, incluso yo podía notar que no le valoraba. Recuerdo el día en que, desde mi cocina, pude ver cómo a media discusión, entre gritos y jalones, ella pegó una cachetada a él. Y bien merecida la tenía. Quise intervenir pero, como siempre, me faltó valor para hacerlo.

Algunas veces, para molestar, estacionaba mi coche frente a su casa, por lo que su novio debía estacionarse un par de casas atrás, y caminar un poco más. Ella no me decía nada al respecto, pues sabía que yo era un vecino cortés, que no buscaba problema, y yo, para despistar, movía el carro cuando regaba mi jardín frontal y lo ponía en el mismo lugar que usaba para incomodar a su novio, de manera que esa posición no resultaba algo extraño, y parecía simplemente había olvidado regresarlo a su lugar.

Los días lunes ella siempre vestía de blanco, y yo pensaba seguido en eso. En mis horas de trabajo, sentado frente a la computadora, intentaba resolver aquel misterio para el cual me faltaba información; después volvía a mi trabajo, pero el pensamiento regresaba camino a casa, y aún más fuerte mientras cocinaba, asomado a la ventana, con la mirada fija hacia su casa.

Me preguntaba si la visita de los lunes primeros de mes y su vestimenta blanca aquellos días tendrían algo que ver. Pero de nuevo, me faltaba información.

Recuerdo el día 2 de septiembre, hace algunos meses, cuando mantuvimos una de nuestras breves conversaciones. Aquel día, aquel magnífico día, debo añadir, ella me invitó a que pasara a comer algún día por su casa. Era lunes, así que vestía de blanco, y yo también lo hacía, como algunas veces me gustaba. Era bueno saber que coincidíamos en algo, aunque claro, si lo hubiera hecho más regular, se terminaría dando cuenta de tan notable casualidad.

El día 2 de septiembre, mientras estacionaba mi auto frente a su casa con la intención de regar mi jardín delantero, como solía hacer, se acercó para preguntarme cómo estaba. Contesté, con el cabeza baja, intimidado por su belleza, que todo iba muy bien. Y fue entonces cuando mencionó que últimamente se sentía un poco sola, y había notado que yo no tenía visitas de manera regular, así que podía pasarme a cenar algún día por su casa, si sentía que necesitaba compañía.

Sería estúpido negar que me emocioné y me sonrojé. Era una clara señal de que gustaba de mí o, por lo menos, de mi compañía. No es que hubiéramos coincidido mucho antes de aquello, pero es claro que eso mismo era lo que le atraía: mi manera de ser, mi presencia casi mística en

su vida. Estoy seguro que lo notaba.

Decidí tomarle la palabra, e ir a visitarla para compartir la cena; pero tenía que planearlo, pues las primeras impresiones son siempre importantes. El primer problema que encontré en aquello es que su novio la visitaba de manera intermitente; quiero decir, que bien podía ir un martes como no ir, o visitarla el viernes por la mañana y otra vez por la noche, y al siguiente no aparecer. Arrastrado modo de vida, si tengo que opinar al respecto.

Yo no quería que la noche de mi visita coincidiera con una visita de su novio; imaginarme conviviendo con semejante patán me hervía un poco la sangre. Además, seguro que arruinaba nuestra noche. Por unas semanas intenté encontrar algún patrón en sus visitas, pero por más que lo intenté, marqué mi calendario cuando lo veía llegar y aunque tracé en una hoja de papel decenas de opciones para su horario, no pude encontrar patrón alguno. Llegué a la conclusión de que llevaba una vida caótica, destructiva, mala para mi vecina.

Eso era un problema que terminé resolviendo por el mes de octubre, como más adelante contaré.

Por otro lado, este era solo uno de los tres temas que me preocupaban; el segundo de ellos, la opinión de sus amigas.

En algunas de sus visitas de los lunes primeros, había escuchado, mientras arreglaba mi jardín, un poco más cerca de su casa de lo que hacía normalmente, algunos comentarios de mi persona. Me encontraban extraño y mezquino. Mi vecina me defendía, y decía que, de las pocas conversaciones que habíamos mantenido, sabía que yo era una persona tranquila, no dada a las visitas, y muy ordenada. ¿Qué más podría pedir de su defensa? ¿Qué otra muestra de simpatía debía darme para asegurar que era el vecino ideal? ¿Podía permitirme pensar que podía ser algo más?

Sin embargo, los comentarios sobre mí no cesaron después de aquella primera defensa. Comentaron sus amigas, en visitas posteriores, que me habían visto observando por la ventana. Ella dijo que seguramente era una persona curiosa, o quizá nerviosa, y que las visitas que recibía debían inquietarme.

Una de sus amigas, Karla, era la que más molestaba. Fueron varias visitas consecutivas en las que sacó el tema de, según sus palabras, "tu pavoroso vecino". Ese era otro problema. Lo hacía con tanta frecuencia que comencé a irritarme escucharla. Mi vecina no necesitaba aquello, pues su idea sobre mí estaba ya formada, y las palabras de Karla únicamente podían sembrar malas hierbas en dicho campo. ¿Y si, mientras compartíamos la cena, recordaba las palabras de Karla? Arruinaría todo lo

que, con tanto esmero, hubiese planeando.

El último de mis problemas era la cena en sí misma. Pónganse un momento en mi situación y respondan, ¿qué llevas de cenar para un momento tan importante en tu vida? Aquel pensamiento pasó a reemplazar mi duda sobre su vestimenta blanca los días lunes, y se asomaba cada vez que miraba por la ventana, o que me sentaba frente a mi computadora en el trabajo.

Con esto quiero decir que, aunque conocía sus gustos, no los conocía del todo. La había visto comer en muchos locales del centro comercial durante sus recesos. Su favorito, o por lo menos el que más visitaba, era un local de comida rápida hindú. Sin embargo, ¿era llevar comida hindú lo más óptimo?

No estaba seguro, y tenía que estarlo. En ese momento eran finales de septiembre y comencé a observarla casi todos los días en sus recesos para comer. Como el centro comercial no queda lejos de las oficinas en las que trabajo, podía tomar mi propio receso para hacer dichas visitas. Había leído, hace no mucho, un libro sobre las expresiones inconscientes que el cuerpo da, y cómo éstas pueden decirlo todo sobre la persona.

Observando cómo comía y cómo se medía; que tanto miraba su comida, sus recesos para limpiar sus manos, los gestos al morder y la apertura de la boca al hacerlo. Todo aquello me decía mucho, pero no lo suficiente. Tomé, algunas veces, fotos con mi celular mientras hacía todo aquello, para poder estudiarlas después en mi casa.

Así es como, en cuestión de unas tres semanas, pude corroborar que su comida favorita sí que era la hindú. Y no me sorprendió que acertara a mi primer pensamiento, pues sentía conocernos perfectamente. Entendía quién era y cómo era. Con la excepción de su vestimenta blanca los días lunes.

Dejé pasar octubre con nerviosismo, resolviendo lo que debía ser resuelto. Entré en contacto con su novio, Daniel, que era abogado. Como necesitaba que no estuviera el día de mi cena, concreté varias reuniones con su despacho, reuniendo información acerca de su modo de trabajar. Al parecer, y como era de suponer, Daniel no era ningún personaje importante en el despacho, y viajaba a menudo por asuntos que tuvieran fuera de la ciudad. Se podría decir que no era más que un mensajero, prescindible hasta en su trabajo.

Esa información fue valiosa. Informé al despacho que me gustaría que recogieran los originales del título de propiedad de mi casa para que fueran revisados, y que vivía fuera de la ciudad. Era importante que mandaran a alguien el día viernes 1 de noviembre, pues de otra manera no habría manera de que los entregara. Pagué al despacho sus

respectivos honorarios, íntegros y de contado, y seguí resolviendo. El primero de los problemas lo había resuelto con facilidad, dos y tres, tampoco costaron tanto.

Debo decir, que dicho problema respecto de mi título de propiedad no lo inventé, y aún tengo pendiente su resolución. Resulta que el notario que realizó la escritura cometió algunos errores en el mismo, así que aquella contratación fue real. Asombrosamente coincidió que la gestión de aquel resolvía mi problema más próximo con el novio de mi vecina. Así que envíe la escritura a mis padres, que viven fuera, y les pedí que el día primero del mes de noviembre lo entregaran a quien enviaran por él.

Respecto del segundo de mis problemas no tuve que hacer nada, pues Karla falleció trágicamente el día 15 de octubre. Una pena, pues aunque hablaba mal de mí en ocasiones, la verdad es que no se veía como mala persona. Tampoco es que haya convivido con ella, pues como ya dije, solamente la conocía de las visitas que hacía a mi vecina. Pero igual, no se escuchaba como una mujer que viera la muerte tan cerca.

Cuando me enteré de su muerte, al día siguiente de que esta sucediera, di una visita a mi vecina, llevándole unos bollos que yo mismo había horneado. Si tengo que decir la verdad, estoy orgulloso de esos bollos, pues su preparación me lleva todo un día, y llevaba tiempo esperando que mi vecina los probara, y pensé que, dadas las circunstancias, la harían sentir mejor.

Cuando abrió la puerta lloraba. Pero por alguna razón, pude notar que se sentía un poco liberada. No se cómo es que lo supe, pero conociéndola como la conocía, me fue fácil adivinar su alivio. Y pensándolo bien, ¿quién no hubiera estado aliviado de ya no tener que convivir con tan mezquina interprete de quienes no conocía?

La consolé lo mejor que pude, aunque solo intercambié un par de palabras con ella. La semana siguiente fue su funeral y, para mi sorpresa, cuando llegó la semana de mi cena, mi vecina parecía ya resignada, e incluso un poco más feliz que antes.

Aquella semana del funeral probé mucha comida hindú. Debía saber cuál era la mejor, y cuál debía llevar, por lo que me pasé la semana visitando diferentes locales, hasta que di con el correcto. Con un par de días de antelación, pedí la preparación a dicho local de sus platillos favoritos, los que más ordenaba, y algunos otros con los ingredientes similares.

Por fin, el día 1 de noviembre, me planté frente a su casa y toqué la puerta, con comida en mano, además de mis buenos bollos que había preparado de nuevo, por sí los otros se habían ya terminado. Cuando abrió, pude comprobar que efectivamente estaba mejor, no que la semana anterior, sino que las anteriores a esta. Supuse que la liberación

de su amiga Karla le había hecho bien, y por los gestos, diría que esa era el caso efectivamente.

Le enseñé la comida que cargaba y, con una ligera sonrisa, me invitó a pasar. Me comentó que la comida hindú era su favorita, y que era una extraordinaria coincidencia, pues estaba pensando en ordenar a domicilio lo mismo, aprovechando además que su novio no se encontraba en la ciudad.

Sonreí mucho aquella noche. Ni siquiera el hecho de que encontrara mis bollos sobre su horno, intactos, pudo agriar aquella sensación. Le conté sobre mis pasatiempos, sorprendentemente similares a los suyos; y la vi, por primera vez en mi vida, disfrutando de verdad de la visita que tenía; después del postre, me retiré a mi casa estallando de felicidad.

Eso, como ya dije, fue el día de antier, 1 de noviembre. El día de ayer, salió cerca de las ocho de la mañana en su coche, y tomó dirección a casa de sus padres. Me pareció alarmante el hecho de que no volviera por la noche. Siempre lo hacía, aún más si era fin de semana. Primero pensé que quizá hubiera muerto; pero descarté la idea, ¿Quién mataría a una mujer tan hermosa?

“Dos y tres”

Terminado el día 7 de septiembre de 2021

Obra propiedad de Alan DiVoga